

LOS
SILENCIOSOS

DONDE NADIE ESCUCHA, EL SONIDO ES UN ARMA

AUTORA DE LA RECONOCIDA SERIE
VAMPIRE ACADEMY

RICHELLE
MEAD

Desde que Fei puede recordar, en su pueblo nadie puede oír. El terreno rocoso y los aludes frecuentes hacen que sea imposible abandonar el pueblo, por lo que Fei y su gente están a merced de una cuerda con la que se izan los alimentos por los traicioneros acantilados desde Beiguo, un reino lejano y misterioso. Cuando los habitantes del pueblo empiezan a perder la vista, disminuye la cantidad de comida que llega por la línea. Muchos pasan hambre. Fei y todos sus seres queridos caen en una crisis, sin nada que esperar más que oscuridad e inanición. Hasta que una noche, un sonido desgarrador despierta a Fei. El oído se convierte en su arma.

*A la memoria de mi padre, que perdió la vista pero jamás la
visión.*

CAPÍTULO 1

Mi hermana va a tener problemas, y solo tengo unos minutos para ayudarla.

No se da cuenta. Últimamente, le cuesta ver muchas cosas, y ese es el problema.

Tus pinceladas están mal, le aviso por medio de señas. Las líneas están torcidas, y te has equivocado con algunos colores.

Zhang Jing toma un poco de distancia de la tela. La sorpresa ilumina solo por un momento sus rasgos, que enseguida reflejan desesperación. No es la primera vez que ocurren estos errores. Un instinto persistente me dice que no será la última. Hago un pequeño gesto, indicándole que me entregue el pincel y las pinturas. Ella vacila y mira alrededor para cerciorarse de que ninguno de nuestros compañeros esté mirándonos. Todos están muy enfrascados en sus propias telas, acicateados por el conocimiento de que los maestros llegarán en cualquier momento para evaluar nuestro trabajo. Su sentido de urgencia es casi palpable. Vuelvo a hacerle señas, esta vez con más insistencia, y Zhang Jing me entrega sus útiles y se aparta para dejarme trabajar.

Con la rapidez de un rayo, me pongo a revisar su tela y a corregir sus imperfecciones. Emparejo las pinceladas irregulares, engrosó las líneas que son demasiado finas y uso arena para secar algunas partes donde ha caído mucha tinta. Esta caligrafía me consume, como siempre me sucede con el arte. Pierdo la noción del mundo que me

rodea y ni siquiera reparo en lo que dice la obra. Solo cuando termino y me aparto para observar el resultado, veo las noticias que ella estaba registrando.

Muerte. Hambruna. Ceguera.

Otro día aciago en nuestro pueblo.

No puedo concentrarme en eso ahora, justo cuando nuestros maestros están a punto de entrar. *Gracias, Fei*, me dice Zhang Jing con señas, y le devuelvo sus útiles. Asiento brevemente y regreso de prisa a mi propia tela, al otro lado del salón, justo en el momento en que una vibración en el suelo señala la entrada de los mayores. Respiro hondo, agradecida de haber podido salvar a Zhang Jing una vez más. Con ese alivio, llega un terrible conocimiento que ya no puedo negar: mi hermana está perdiendo la vista. Nuestro pueblo aceptó el silencio cuando nuestros antepasados perdieron la audición, hace ya muchas generaciones, por causas desconocidas, pero ¿quedar sumidos en la oscuridad? Es un destino que nos asusta a todos.

Debo apartar esos pensamientos de mi mente y poner un semblante sereno pues mi maestro viene recorriendo la fila de telas. En el pueblo hay seis mayores, y cada uno supervisa a por lo menos dos aprendices. En la mayoría de los casos, cada mayor sabe quién será su reemplazante, pero con los accidentes y las enfermedades que se suceden por aquí, entrenar a un suplente es una precaución necesaria.

Algunos aprendices todavía están compitiendo por ser el reemplazo de su mayor, pero a mí no me preocupa mi puesto.

Ahora el Mayor Chen se acerca a mí y lo saludo con una profunda reverencia. Sus ojos oscuros, agudos y alertas a pesar de su edad avanzada, miran más allá de mí, hacia la pintura. Está vestido de azul claro, como todos nosotros, pero la túnica que lleva encima de los pantalones es más larga que las de los aprendices. Casi le llega a los tobillos y tiene un ribete de hilo de seda púrpura. Siembre

observo ese bordado mientras hace sus inspecciones, y nunca me canso de hacerlo. En nuestra vida diaria hay muy poco color, y ese hilo de seda es un detalle brillante y preciado. Cualquier tipo de tela es un lujo aquí, donde mi gente lucha todos los días solo para conseguir alimento. Ahora, mientras observo el hilo púrpura del Mayor Chen, pienso en las historias antiguas de reyes y nobles que se vestían de seda de la cabeza a los pies. La imagen me deslumbra por un momento, y me transporta más allá de este salón hasta que parpadeo y vuelvo a concentrarme con reticencia en mi trabajo.

El Mayor Chen está muy quieto mientras examina mi ilustración, con expresión inescrutable. Mientras que hoy Zhang Jing ha pintado noticias aciagas, mi tarea ha sido registrar nuestro último cargamento de comida, con la rara sorpresa de que incluía rábanos. Por fin, separa las manos que tenía cruzadas frente a él. *Has capturado las imperfecciones en la piel de los rábanos*, me dice por medio de señas. *No muchos habrían reparado en esos detalles*.

Viniendo de él, es un gran elogio. *Gracias, maestro*, respondo, y vuelvo a inclinarme.

Sigue su camino y pasa a examinar el trabajo de su otra aprendiz, una chica llamada Jin Luán, que me lanza una mirada de envidia antes de inclinarse ante nuestro maestro. Nunca ha habido dudas acerca de quién es su alumna preferida, y sé que debe de ser frustrante para ella que, haga lo que haga, nunca logre llegar a ese primer lugar. Soy una de los mejores artistas de nuestro grupo, y todos lo sabemos. No pido disculpas por mi éxito, especialmente porque he renunciado a mucho para lograrlo.

Miro hacia el otro lado del salón, donde la Mayor Lian está examinando la caligrafía de Zhang Jing. El rostro de la Mayor Lian está tan inescrutable como el de mi maestro mientras observa cada detalle de la tela de mi hermana. Descubro que estoy conteniendo el aliento, mucho más nerviosa de lo que estaba para mi propia inspección. A su

lado, Zhang Jing está pálida, y sé que tanto mi hermana como yo estamos preparándonos para lo mismo: que la Mayor Lian nos llame por haber tratado de engañarla con respecto a la vista de Zhang Jing. La Mayor Lian tarda mucho más tiempo que el Mayor Chen, pero por fin asiente brevemente en señal de aceptación y sigue de camino hacia su siguiente aprendiz. Los hombros de Zhang Jing se aflojan con alivio.

Hemos vuelto a engañarlos, pero tampoco puedo sentirme mal por eso. Es que está en juego el futuro de Zhang Jing. Si los mayores descubren que la vista le está fallando, es casi seguro que perderá su puesto de aprendiz y la enviarán a las minas. La sola idea me oprime el pecho. En nuestro pueblo, solo hay tres ocupaciones: artista, minero y proveedor. Nuestros padres eran mineros. Ellos murieron jóvenes.

Una vez terminadas todas las inspecciones, es hora de nuestros anuncios matutinos. Hoy los hará la Mayor Lian, que sube a una plataforma en el salón para que todos los que estamos allí reunidos podamos verle las manos.

Vuestro trabajo es satisfactorio, comienza. Es el comentario habitual, y todos nos inclinamos. Cuando volvemos a levantar la vista, prosigue. Nunca olvidéis lo importante que es lo que hacemos aquí. Formáis parte de una tradición antigua y exaltada. Pronto saldremos al pueblo y daremos comienzo a nuestras observaciones diarias. Sé que en este momento las cosas están difíciles. Pero recordad que no es nuestro lugar interferir.

Hace una pausa y su mirada recorre el salón mientras todos asentimos en reconocimiento de un concepto que nos ha sido inculcado con tanta intensidad como nuestro arte.

La interferencia conduce a la distracción; interrumpe tanto el orden natural de la vida en el pueblo como la precisión de los registros. Debemos ser observadores imparciales. Pintar las noticias del día ha sido una tradición en el

pueblo desde que nuestra gente perdió la audición, hace siglos. Dicen que antes de eso las noticias eran voceadas por un pregonero, o simplemente se transmitían oralmente de persona a persona. Pero en realidad ni siquiera sé qué es "vocear".

Observamos y registramos, reitera la Mayor Lian. Es la tarea sagrada que desempeñamos desde hace siglos, y si nos apartamos de ella, le hacemos un daño a nuestro trabajo y al pueblo. Nuestra gente necesita estos registros para saber qué está ocurriendo a su alrededor Y nuestros descendientes necesitan nuestros registros para poder entender cómo han sido siempre las cosas. Ahora id a desayunar, y haced honor a nuestras enseñanzas.

Hacemos otra reverencia y salimos del salón en dirección al comedor. Nuestra escuela se llama Peacock Court. Es un nombre que trajeron nuestros antepasados de zonas lejanas, más apacibles, de Beiguo, más allá de esta montaña, para reconocer la belleza que creamos entre sus paredes. Cada día, pintamos las noticias de nuestro pueblo para que las lea nuestra gente. Aunque estemos registrando apenas la información más básica, como la llegada de un cargamento de rábanos, nuestro trabajo debe ser imaculado y digno de preservación. Los registros de hoy en breve se pondrán en exposición en el centro del pueblo, pero primero tenemos este breve descanso.

Zhang Jing y yo nos sentamos en el suelo con las piernas cruzadas ante una mesa baja para esperar la comida. Los sirvientes se acercan y miden con esmero nuestras gachas de mijo, para cerciorarse de que todos los aprendices reciban la misma cantidad. Todos los días desayunamos lo mismo, y aunque quita el hambre, no siento que me llene. Pero es más de lo que les toca a los mineros y a los proveedores, de modo que debemos estar agradecidos.

Zhang Jing hace una pausa en su desayuno. *No volverá a pasar, me dice con señas. En serio.*

Cállate, respondo. Es un tema que no se puede siquiera sugerir en este lugar. Y a pesar de sus palabras audaces, hay en su rostro un miedo que me dice que no las cree. En nuestro pueblo hay cada vez más casos de ceguera por razones que son tan misteriosas como la sordeza que afectó a nuestros ancestros. Por lo general, solo los mineros quedan ciegos, por lo que la situación actual de Zhang Jing resulta mucho más misteriosa.

Un revuelo de actividad en mi periferia me aparta de mis pensamientos. Levanto la vista y veo que los otros aprendices también han dejado de comer y están mirando hacia una puerta que va del comedor a la cocina. Allí hay un grupo de sirvientes, más de los que suelo ver juntos. Por lo general, son muy respetuosos de las diferencias de rango y se mantienen al margen.

Una mujer a quien reconozco como la jefa de cocineros acaba de salir por la puerta, y por delante de ella ha salido corriendo un niño. Cocinera es un término extravagante para lo que hace, ya que hay muy poca comida y no es mucho lo que se puede hacer con ella. Además, supervisa a los sirvientes de Peacock Court. Me duele verla golpear al niño con tanta fuerza que lo hace caer al suelo. Lo he visto antes, por lo general cumpliendo las tareas de limpieza más desagradables. Entre ellos se está desarrollando una conversación con señas frenéticas.

¿... creías que no iba a darme cuenta?, pregunta la cocinera. *¿Cómo se te ocurre coger más de lo que te corresponde?*

¡No era para mí!, se defiende el niño. *Era para la familia de mi hermana. Tienen hambre.*

Todos tenemos hambre, replica la cocinera. *Eso no es excusa para robar.*

Respiro profundamente al comprender lo que está pasando. El robo de comida es uno de los peores delitos que tenemos aquí. El hecho de que se produjera entre nuestros sirvientes, que por lo general están mejor alimen-

tados que otros habitantes del pueblo, resulta particularmente escandaloso. El chico logra ponerse de pie y se enfrenta con valentía a la ira de la cocinera.

Son una familia de mineros, y están enfermos, explica. Los mineros ya reciben menos comida que nosotros, y les recortaron las raciones por no poder trabajar. Quería que las cosas fueran más justas.

La expresión dura de la cocinera nos indica que no se conmueve. *Bueno, ahora puedes ir con ellos a las minas. Aquí no hay lugar para ladrones. Quiero que te vayas antes de que se retiren los platos del desayuno.*

Al oír esto, el chico vacila y su rostro se llena de desesperación. *Por favor. No me envíe a trabajar con ellos. Lo siento. Renuncio a mis raciones para compensar lo que he robado. No volverá a pasar.*

Ya sé que no volverá a pasar, responde la cocinera con mordacidad. Hace una brusca seña a dos de los sirvientes más fornidos, cada uno coge al chico por un brazo y entre ambos lo sacan del comedor por la fuerza. Él trata de zafarse y protestar, pero no puede con los dos. La cocinera lo observa impassible mientras los demás miramos boquiabiertos. Cuando se pierden de vista, ella y los demás criados que no están sirviendo el desayuno desaparecen en la cocina. Zhang Jing y yo nos miramos, demasiado conmocionadas para hablar. En un momento de debilidad, ese sirviente ha hecho que su vida se volviera considerablemente más difícil... y peligrosa.

Cuando terminamos el desayuno y nos dirigimos al salón de trabajo, no se habla de otra cosa que del ladrón. *¿Puedes creerlo?*, me pregunta alguien. *¿Cómo se atreve a darle nuestra comida a un minero!*

Quien habla se llama Sheng. Como yo, es uno de los mejores artistas de Peacock Court. A diferencia de mí, proviene de una familia de artistas y mayores. Creo que a veces se le olvida que Zhang Jing y yo somos las primeras en nuestra familia que alcanzamos este rango.

Es terrible, sin duda, respondo con neutralidad. No me atrevo a expresar lo que siento en realidad: que dudo de que la distribución de los alimentos sea justa. Hace mucho tiempo aprendí que, para conservar mi puesto en Peacock Court, debo renunciar a toda solidaridad con los mineros y verlos simplemente como la fuerza laboral de nuestro pueblo.

Nada más.

Merece un castigo peor que la expulsión, dice Sheng de manera ominosa. Además de su habilidad para el arte, Sheng tiene una seguridad descarada que hace que la gente lo siga, de modo que no me sorprende ver asentir a algunos de los que nos rodean. Sheng levanta la cabeza con orgullo al ver eso, destacando sus pómulos altos y finos. La mayoría de las chicas de aquí estarían de acuerdo en que es el chico más atractivo de la escuela, pero a mí nunca me ha llamado la atención.

Espero que eso cambie pronto, pues se espera que algún día nos casemos.

Con audacia, sabiendo que probablemente esté cometiendo un error, pregunto: *¿No te parece que las circunstancias han tenido que ver con sus actos? ¿El deseo de ayudar a su familia enferma?*

Eso no es excusa, declara Sheng. *Aquí todo el mundo gana lo que merece, ni más ni menos. Eso es equilibrio. Si no puedes cumplir con tu deber, no deberías esperar alimentos a cambio. ¿No te parece?*

Sus palabras me duelen en el corazón. No puedo más que echar un vistazo a Zhang Jing, que camina a mi otro lado, antes de volverme nuevamente hacia Sheng y responder Sí, alicaída. *Sí, claro.*

Los aprendices empezamos a recoger nuestras telas para llevarlas a la vista de los demás habitantes del pueblo. Algunas todavía no se han secado y exigen más cuidado. Cuando salimos, el sol está bien alto sobre el horizonte, y promete un día cálido y despejado. Brilla sobre

las hojas verdes de los árboles del pueblo. Sus ramas crean una bóveda que da sombra a gran parte del camino hacia el centro del pueblo. Observo los dibujos que crea la luz en el suelo cuando se filtra por entre los árboles. A menudo he pensado en pintar esa luz moteada, si tuviera la oportunidad. Pero nunca la tengo.

También me encantaría pintar las montañas. Estamos rodeados por montañas, y nuestro pueblo está en una de las más altas. Eso crea unos paisajes deslumbrantes, pero también una cantidad de dificultades para nosotros. Este pico está rodeado en tres lados por precipicios muy profundos. Nuestros antepasados migraron aquí hace siglos por un paso en el lado opuesto de la montaña, flanqueado por valles fértiles, perfectos para cultivar alimentos. Más o menos en la época en que desapareció el sentido del oído, varios aludes bloquearon el paso y lo llenaron de rocas y piedras mucho más altas que cualquier hombre. Nuestra gente quedó atrapada aquí arriba, y ya no pudimos cultivar nuestros alimentos.

Fue entonces cuando nuestro pueblo forjó un acuerdo con un municipio que está al pie de la montaña. Cada día, la mayor parte de nuestros habitantes trabaja aquí arriba en las minas, extrayendo montones de metales preciosos. Nuestros proveedores envían esos metales al municipio por medio de una línea que baja la montaña. A cambio del metal, el municipio nos envía cargamentos de comida, ya que no podemos producirla. El acuerdo funcionaba bien hasta que algunos de nuestros mineros empezaron a perder la vista y ya no pudieron trabajar. Cuando empezamos a enviar menos metales, ellos empezaron a enviar menos comida.

A medida que mi grupo se va acercando al centro del pueblo, veo a algunos mineros preparándose para el trabajo del día, con su ropa de color apagado y el cansancio grabado en los rostros. Hasta los niños colaboran en las

minas. Caminan junto a sus padres y, en algunos casos, también sus abuelos.

En el centro del pueblo encontramos a aquellos que han perdido la vista. Al no poder ver ni oír, se han convertido en mendigos y esperan amontonados las limosnas del día. Se sientan inmóviles con sus tazones, despojados de la capacidad de comunicarse; solo pueden esperar las vibraciones en el suelo que les avisan que alguien se acerca y que quizá reciban algo de sustento. Observo a un proveedor que pasa y coloca medio panecillo en el tazón de cada mendigo. Recuerdo haber leído sobre esos panecillos en los registros cuando llegaron, hace un par de días. Ya en aquel momento no estaban en las mejores condiciones; la mayoría tenía algo de moho. Pero no podemos darnos el lujo de tirar comida. Ese medio panecillo es lo único que van a comer esos mendigos hasta el anochecer, a menos que alguien tenga la bondad de compartir su propia ración. La escena me revuelve el estómago, y aparto la mirada mientras nos dirigimos al estrado central, donde los trabajadores ya están retirando los registros de ayer.

Me llama la atención un destello de color brillante, y veo un tordo solitario que se posa en la rama de un árbol cercano al claro. Casi como el hilo de seda del Mayor Chen, esa brillantéz me atrae. Mientras admiro las alas azules y lustrosas del pájaro, este abre el pico unos segundos y luego mira alrededor con expectación. Poco después, llega una hembra de plumaje más opaco y se posa cerca de él. Me quedo mirándolos con asombro, tratando de entender lo que acaba de pasar. ¿Cómo ha hecho para atraerla? ¿Qué ha hecho para transmitir tanto, a pesar de que ella no lo había visto? Sé, por haberlo leído, que algo ha pasado cuando ha abierto el pico, que el pájaro "ha cantado" y de alguna manera eso la ha atraído.

Un empujoncito en el hombro me avisa que es hora de salir de mi ensoñación. Nuestro grupo ha llegado a la tari-

ma que está en el centro del pueblo, y la mayoría de los aldeanos se ha congregado para ver nuestro trabajo. Subimos los escalones de la plataforma y colgamos nuestras pinturas. Hemos hecho esto muchas veces, y cada uno conoce su tarea. Lo que era en el taller una serie de ilustraciones y caligrafía ahora se junta y forma un solo mural coherente, que ofrece a los que se han reunido una muestra completa de todo lo que ocurrió ayer en el pueblo. Una vez que cuelgo mis rábanos, vuelvo a bajar con los demás aprendices y observo los rostros de la multitud mientras lee los registros. Veo ceños fruncidos y miradas oscuras mientras leen los últimos informes de ceguera y hambre. Los rábanos no sirven de consuelo. El arte puede ser perfecto, pero a la gente se le pierde en las sombrías noticias que muestran.

Algunos hacen la seña contra el mal, un gesto cuya intención es ahuyentar la mala suerte. A mí me parece inútil, pero los mineros son extremadamente supersticiosos. Creen que hay espíritus perdidos que vagan por el pueblo a medianoche, que la niebla que rodea nuestra montaña es el aliento de los dioses. Uno de sus relatos más populares es que nuestros antepasados perdieron el oído cuando unas criaturas mágicas llamadas pixius se durmieron profundamente y buscaron silencio en la montaña. Yo también me crie creyendo esos cuentos, pero la educación en la escuela Peacock Court me ha dado una visión más práctica del mundo.

Lentamente, los mineros y proveedores se van apartando de los registros y empiezan a dirigirse a sus trabajos. El Mayor Chen nos hace señas a los aprendices: *Id a vuestros puestos. Recordad: observad. No interfiráis.*

Empiezo a seguir a los demás, y entonces veo a la Mayor Lian volviendo a subir al estrado donde están expuestos los registros. Parece que está examinando nuevamente todas las obras, estudiando cada signo con minuciosidad. Semejante escrutinio no es parte de la rutina normal. Los

demás aprendices se han marchado, pero no puedo moverme, no hasta saber qué está haciendo.

Se queda allí un poco más, y cuando por fin se aparta, sus ojos se encuentran con los míos. Un momento después, dan con algo que está detrás de mí. Me doy la vuelta y veo que está Zhang Jing, con las manos juntas, nerviosa. La Mayor Lian baja la escalerilla. *A vuestros puestos*, nos señala. El hilo de seda que bordea su túnica es rojo, y brilla con la luz cuando pasa.

Trago saliva, cojo a Zhang Jing por el hombro y la aparto del centro de la aldea, lejos de los mendigos ciegos. En su mayoría son ancianos y exmineros, me recuerdo. Mi hermana no es como ellos. No es en absoluto como ellos. Le aprieto la mano con afecto mientras caminamos.

Se va a mejorar, me digo. *No dejaré que se convierta en uno de ellos.*

Repito las palabras en mi mente una y otra vez mientras dejamos atrás a los mendigos, pero no logro borrar la imagen de esos rostros cavernosos, con sus miradas vacías y desesperanzadas.